



¡MUERTE, TÚ TAMBIÉN MORIRÁS!

Resurrección y conversión a Dios en los *Sonetos Sagrados* de John Donne

*Erika de la Barra van Treek**

*La juventud, amor, lo que se quiere
ha de irse con nosotros, ¡Miserere!*

*La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro; ¡Miserere!*

*La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos; ¡Miserere!*

*Y hasta quizás la muerte que nos hiera
también tendrá su muerte; ¡Miserere!*
(José Domingo Gómez Rojas¹)

Hace años, aún siendo alumna del doctorado en literatura, llegó a mis manos una película notable, una obra de arte: *Wit*², con Emma Thompson. Recuerdo haberla visto por primera vez, una tarde de invierno, perdida entre las pruebas finales de ese semestre del año 2002. Mi reacción al terminar de verla fue de asombro y de una intensa emoción. Era una sensación de querer llorar y verse impedido por la contemplación estética, por su arte, su belleza, su coherencia interna. En aquella película una gran profesora de literatura, Vivian Bearing, enferma de cáncer. Su lucha, su fuerza es admirable, pero finalmente es vencida por la enfermedad y muere. Esta película fue mi primer contacto con la poesía de John Donne. Vivian Bearing era especialista en su obra, autor difícil, católico de formación pero posteriormente convertido al anglicanismo; con poesía de imágenes personalísimas y metáforas propias, creativas, plásticas. Una poesía en extremo seductora a los intelectos elevados, exigentes y racionalistas como el de Miss Bearing por su intrincado lenguaje. Irónicamente ella sólo entenderá el significado profundo de Donne en su lecho de muerte y lo hace desde la emoción y el sentimiento y no desde la razón.

* Profesora de literatura inglesa y norteamericana en la Universidad Nacional Andrés Bello. Profesora de inglés y Doctora en Literatura, Universidad de Chile.

¹ Poeta chileno (1896-1920) quién murió torturado tras el asalto a la sede de la FECH en 1920.

² *Wit* dirigida por Mike Nichols, 2001.

De alguna forma, la película inspiró mi propia vocación hacia las letras inglesas y prefiguró mi propia historia. Una historia de luchas racionalistas en ausencia de fe, dolores existenciales y el encuentro profundo con el sin sentido de la vida. Muerte de tipo espiritual, dolorosa porque significó un despojo importante de todo aquel sistema de valores basados en los principios del ateísmo y la razón, cultivados desde la infancia. Fue un caminar profundo y solitario por el desierto árido de mi propia historia y de mi vida y en la desesperación de hallarse de pronto frente a Dios; como Moisés frente a la zarza ardiente, en un encuentro con el insondable misterio de lo sagrado. Morí para renacer en Él y encontrar así un sentido para mi propia vida y mi propia muerte. Su amor me llamó a la conversión y me inicié en la fe partiendo por el bautismo, siguiendo por la primera comunión y concluyendo con la confirmación en la Fe Católica, todo durante el año 2011, año para siempre sagrado por el despertar profundo en Dios.

Es interesante también que la perspectiva espiritual de la muerte para John Donne, surge a partir de un periodo bastante complejo, tanto en su vida personal como en la historia de Inglaterra. En efecto, escribe desde el periodo renacentista, momento de grandes descubrimientos geográficos, de importantes avances tecnológicos, auge de las letras, y de profunda crisis religiosa. En efecto, la situación en la que se encontraba el país, en cuanto a lo religioso, al instante de nacer este autor en 1572³, era más bien desfavorable para los católicos. El país se encuentra bajo el reinado de Isabel I, monarca con grandes dotes intelectuales y políticas que en un principio intentó conciliar en materia religiosa las corrientes protestantes, anglicanas y católicas que coexistían en Inglaterra, pero que posteriormente se dio a la persecución de los católicos siendo muchos de ellos desterrados y desposeídos de sus bienes.

En medio de este conflicto, John Donne crece precisamente en una de las más tradicionales familias católicas del país. Su madre, desciende en forma directa del Lord Canciller, Tomás Moro, que se opuso tenazmente a patrocinar el divorcio de Enrique VIII⁴. Existe además en su familia una orientación de tipo ignaciana por la influencia de su tío, el P. Jasper Heywood S.J, quien tuvo un rol fundamental en el proceso de reevangelización católica en la Inglaterra en esos años. Como consecuencia de lo anterior, el ambiente de caos en el que se desarrolló Donne no sólo era expresión de confusión por el miedo frente a las persecuciones de la Reina, sino por el desorden doctrinario generado por las disputas religiosas. La influencia ignaciana que perduró en John Donne a lo largo de su vida, a pesar de su

³Al momento de nacer John Donne, San Ignacio de Loyola había muerto hacía 16 años en 1556. Importante tenerlo en cuenta por la influencia jesuita que Donne recibió desde su infancia

⁴Padre de Isabel I con su segunda esposa Ana Bolena. Tomás Moro fue enjuiciado en 1535 y acusado de alta traición por no prestar el juramento antipapista que dio surgimiento a la Iglesia Anglicana, por oponerse al divorcio con la Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique VIII y por no aceptar el Acta de Supremacía que declaraba al rey como cabeza de la Iglesia Anglicana. Fue decapitado el 06 de Julio de 1535. En 1886 fue beatificado y en 1935 canonizado por la Iglesia Católica quien lo considera santo y mártir.

posterior conversión al anglicanismo⁵, se refleja principalmente en la utilización del soneto como forma poética. Louis Martz señala que la elección del soneto en la lírica sobre temas serios, es un equivalente a los Ejercicios Espirituales Ignacianos transformándose así en herramienta devocional. Marz argumenta que Donne podría haberlo encontrado adecuado para la realización de meditaciones como las señaladas por San Ignacio que consideran también tres partes. Primero el penitente conjura la escena de meditación frente a él. Luego es instruido para analizar la escena que ha visualizado, intentando aprehender la verdad que pueda contener. Finalmente después de componer y analizar, está listo tanto para dirigirse a Dios a través de una petición o rendirse a su Voluntad que ha sido revelada a través de la meditación⁶.

Los *Holy Sonnets* en el contexto del siglo XVI y XVI

Los *Holy Sonnets*, probablemente escritos en 1618 y publicados póstumamente en 1633, muestran de cierta forma estas meditaciones sobre Dios, los efectos del pecado en el alma, las dudas existenciales y la muerte⁷. Uno de los rasgos ignacianos es la fuerza y colorido de las imágenes lo que hace posible el análisis de la escena presentada, su visualización y su posterior utilización en el discernimiento para escuchar la voluntad de Dios. En efecto, en la mayoría de los *Holy Sonnets*, Donne deja atrás las intrincadas metáforas de sus años juveniles y su poesía se transforma en una serie de escenas plásticas que muestran con claridad una diversidad de personajes: los pecadores, los que suben al cielo, los que se encuentran con Jesús. En todos ellos, resalta la nitidez de las imágenes que llevan al lector a la contemplación.

Desde la perspectiva más personal, los sonetos fueron escritos en medio del gran dolor existencial que significó para Donne la muerte de su mujer en 1617. En el angustiante soneto XVII el hablante interpela a Dios por haberse llevado a su esposa, y reconoce el llamado del Señor a interesarse por las “cosas del cielo”:

⁵ John Donne pasó por serias penurias económicas y escribió un par de panfletos propagandísticos anti católicos entre 1610 y 1611, a pesar de que su familia continuaba siendo católica. Al rey James I le complacieron ambos textos, pero se negó a ofrecerle otra cosa que no fueran cargos eclesiásticos. Donne se resistió a aceptarlos pero, después de un largo período de grandes luchas económicas y de angustia interior, se vio forzado a ceder frente a los deseos del rey y se ordenó sacerdote anglicano en 1615.

⁶ MARTZ, L. *The Poetry of Meditation. A Study in English Religious Literature of the seventeenth Century*, (Yale University Press), Yale, 1976.

⁷ La situación biográfica de John Donne al momento de componer sus poemas es la de haber perdido a su esposa, lo cual le hizo pasar por un momento de cuestionamiento y de revisión de su vida pasada. En su juventud había tenido tendencias hacia el libertinaje y por ende es importante separar al John Donne juvenil, del sacerdote anglicano serio y apesadumbrado de la adultez.

*Desde que la que amé pagó su deuda
a la ley natural, y el bien mío ha muerto,
y su alma voló al cielo arrebatada,
mi mente sólo está en cosas del cielo⁸.*

A pesar de sentir que su alma es cortejada por el Señor y reconocer que este amor lo llena por completo, aún cabe la pregunta sobre la necesidad de mendigar más amor, que claramente refuerza la idea de pérdida, y se hace presente el “celo” de Dios que lo desea consagrado para sí y es sentido por el hablante como razón por la cual le fue arrebatada su esposa.

*¿Por qué mendigo más amor, si mi alma
cortejas, a la suya dando todo,
y Tú no sólo temes que conceda
mi amor a santos y ángeles, los tuyos,
sino que dudas en tus tiernos celos
que mundo, diablo y carne te echen fuera?⁹*

No obstante, las razones personales que inspiraron a John Donne la escritura de los *Holy Sonnets*, es posible advertir que en general, la concepción de la muerte en el siglo XVI y XVII es desesperada y surge de la experiencia temprana que la mayoría de las personas tiene de ella. Es más, la expectativa de vida no sobrepasa los 40 años y por ende, los proyectos se ven cercenados, las uniones matrimoniales rotas. El efecto de la peste negra y los miles de muertos que dejó a su paso en Europa reveló a los contemporáneos de Donne la fugacidad de la vida, la vanidad de empeñarse en proyectos y planes futuros, la incertidumbre del presente. Resurge con fuerza el lema horaciano de *Carpe Diem*¹⁰, es decir de disfrutar de la vida terrenal en todos sus aspectos porque la muerte es abrupta y limita al hombre en su desarrollo. Esta mirada renacentista de la muerte, centrada en el hombre y su problemática, en el disfrute máximo del presente es un elemento importante en la poesía de juventud de Donne y en su vida personal en esos años y contrasta con la contemplación de la muerte en los *Holy Sonnets*. En muchos de estos sonetos el hablante es un pecador que mira su vida pasada y se arrepiente de haber vivido desde la pasión desordenada, que usualmente inspiró en él y sus contemporáneos el lema del ya mencionado *carpe diem*. El sentimiento de pérdida de Dios en su juventud y de reencuentro con Él en su madurez le obliga a revisar su pasado y a tenerlo en cuenta a la hora de la muerte.

⁸ DONNE, J., “Holy Sonnets”. Tr. Antonio Abellán. *Poesía y Traducción*. <http://poesiyatraducción.com>

⁹ *Ibidem*

¹⁰ “Aprovecha el día y no confíes en el mañana” exhortación a no dejar pasar el tiempo presente y disfrutar los placeres de la vida dejando de lado la incertidumbre del futuro.

Al revisar con cuidado los diecinueve poemas que conforman los *Holy Sonnets* libro es posible distinguir principalmente dos enfoques sobre la muerte. En primer lugar, aparece como suceso terrible y horrorizante, causa de profunda angustia existencial. La muerte desde esta primera mirada tiene el aspecto anticipatorio de preparación frente al fin de la vida terrenal, unido a la situación de pecado desde la que se sitúa el hablante. El pecador teme a la muerte porque implica la caída al infierno. Sin embargo, el miedo frente a la anticipación de la muerte, se funde con la situación de pecado en el presente y el hablante descubre que ya se encuentra en un estado infernal de ruptura con Dios. Habla desde la angustia que le provoca el pecado, y por tanto la muerte física es más bien una metáfora de la muerte espiritual del pecador y su posterior resurgimiento, cuando se ha vuelto a encontrar con la gracia de Dios, quien desde su luz ilumina al pecador, lo inunda y lo levanta hacia la salvación. Los poemas que reflejan esta mirada poseen un tono serio, terrible. La muerte es dolorosa porque en todo renacimiento existe un elemento de sufrimiento.

En segundo lugar, se da la reflexión sobre la muerte literalmente física y el cuestionamiento sobre este estado. En muchos de los poemas el hablante ya liberado del pecado enfrenta la muerte con tranquilidad, la compara con el sueño, una metáfora clásica de los siglos XVI y XVII cuyo fin último es el encuentro con Dios. La muerte desde esta perspectiva es humanizada, al ser puesta en imágenes que la hacen aparecer como soberbia e intemperante y paradójicamente estar sometida también a su propia muerte, a su extinción y nada. Donne le quita así la tragicidad a la muerte, la hace frágil y débil y en último término propiciadora del encuentro final con el rostro de Dios. En ambos enfoques sin embargo está presente el renacer en Dios, ya sea a través de una resurrección de tipo espiritual o bien en la concepción de la vida eterna después de la muerte física.

I. La muerte como resurrección y renacimiento espiritual

El tema de la muerte como proceso a través del cual se llega a un renacimiento espiritual, aparece reflejado en varios de los *Holy Sonnets*. En el soneto I, el hablante lírico es un pecador que siente la angustia existencial frente a la muerte física y reconoce su pequeñez humana, su fragilidad y la necesidad de ser auxiliado por Dios en la regeneración moral:

*Me has hecho Tú, ¿y ha de pudrirse tu obra?
Repárame, pues ya mi fin se acerca;
quiero huir de la muerte, mas me encuentra,
y todos mis placeres son pasado.*

*No me atrevo a mover mis turbios ojos;
desesperanza atrás, muerte delante
terror producen, y mi débil carne,
gastada de pecar, va hacia el infierno.*

*Sólo Tú estás arriba y cuando miro,
con tu venia, hacia ti, me alzo de nuevo;
mas mi viejo enemigo tal me tienta
que no puedo aguantarme ni una hora.*

*Pueda yo por tu gracia impedir su arte,
y atrae, imán, mi corazón de hierro¹¹.*

El hablante mira su vida pasada con angustia. Al repasar su pecado se le hace presente la imagen del infierno en el contexto del siglo XVI y XVII. Sin embargo, aquello tan temido por el hablante, que es el descenso a los infiernos a través de la muerte es una situación en la cual ya se encuentra al estar inmerso en el pecado. En efecto, la conciencia de haber caído, de haber sido capturado por el mal le hace sentirse perdido en un espacio donde *“no me atrevo a mover mis turbios ojos, / desesperanza atrás, muerte delante”*¹² Esa es la situación infernal desde donde habla el pecador que ya no puede ver la esperanza. Sin embargo en medio de su pecado eleva los ojos a Dios en un grito suplicante de regeneración, *“Sólo Tú estás arriba y cuando miro, / con tu venia, hacia ti, me alzo de nuevo,”*¹³ Dios en su gracia y misericordia puede darle alas, y con esa gracia salir de la situación de desesperanza en la que se encuentra, regenerarse y ser atraído hacia el bien. El pecador intuye desde su estado infernal que Dios lo mira con una venia y que en el perdón puede alzarle nuevamente hacia Él. La imagen de la muerte adquiere una connotación angustiada y horrorífica porque está asociada al infierno. Para el pecador la proximidad física de la muerte apura una pronta conversión a Dios en un resurgimiento que lo limpia de toda mancha.

Esta idea de tener el alma manchada, oscurecida por el pecado, se aprecia además en el soneto IV. La muerte aparece también como llamado urgente a la purificación espiritual:

¹¹ DONNE, J., Op. Cit.

¹² Ibidem

¹³ Ibidem

IV

*Mi alma negra, te llama la enfermedad,
que es campeona y heraldo de la muerte;
eres un peregrino que no osa
regresar adonde hizo felonía;*

*o un ladrón que, aun leída su condena
a muerte, se desea liberado,
pero, arrastrado hacia el cadalso, anhela
poder estar aún encarcelado.*

*Si te arrepientes, puedes hallar gracia;
mas ¿quién te la dará para que empieces?
Hazte tú misma negra en santo luto,
y roja de rubor, pues has pecado;*

*y lávate en la sangre del Ungido,
que puede blanquear las almas rojas¹⁴.*

El alma negra, pecadora que vive en la ausencia absoluta de luz es visitada por la enfermedad que aparece metaforizada como heraldo o mensajero de la muerte. “*Mi alma negra, te llama la enfermedad, / que es campeona y heraldo de la muerte*”¹⁵ El hablante espera precipitarse a la muerte a través del padecimiento físico que conlleva la enfermedad, pero desde el punto de vista espiritual, el pecado en el que se encuentra le ha hecho enfermar. Es un alma que se hunde en la propia desesperación en la prisión del pecado que le quita libertad. En consonancia con esta idea, surgen en el poema una serie de imágenes que muestran el alma pecadora y enferma privada de libertad. Se la ve como un peregrino que ha cometido traición en un país extranjero o como un ladrón que espera su sentencia de muerte y mientras aguarda desea ser liberado de la prisión, pero una vez leída desea permanecer en la prisión, ya que cobardemente teme ser devorado por la muerte si abandona el recinto carcelario en que se encuentra.

Las imágenes del alma enferma que ha perdido su libertad por el pecado la muestran con terror precipitándose en la nada de la muerte y en el infierno que al igual que en el poema anterior es un estado en que ya se encuentra, sin estar completamente

¹⁴ Ibidem

¹⁵ Ibidem

consciente de ello. Sin embargo, esta alma negra y pecadora puede arrepentirse y morir a la falta de libertad y pecado. Es interesante como Donne utiliza la imagen del traje oscuro de duelo, el duelo por la propia muerte al pecado y la inminente resurrección: “Hazte tú misma negra en santo luto / y roja de rubor, pues has pecado” y después del proceso de luto el alma renace: “y lávate en la sangre del Ungido, / que puede blanquear las almas rojas”¹⁶ al bañarse en la sangre de Jesús, se teñirá el alma de rojo, símbolo de la vida y por tanto se hará blanca en cuanto a libertad y gracia de Dios.

La idea del lavado del alma como condición previa para su restauración en Dios surge también en el soneto V, el hablante del mismo modo se sitúa aquí desde el pecado, concebido como un estado de oscurecimiento del alma, metaforizado como en los poemas anteriores por el color negro.

V

*Soy un pequeño mundo hecho con maña
de un alma de ángel y los elementos,
pero el negro pecado ha hecho la noche
en ambas partes, y han de morir ambas.*

*Tú, que has hallado más allá del cielo
más alto esferas nuevas, tierras nuevas,
vierte en mis ojos mares nuevos que hagan
que pueda ahogar mi mundo con mi llanto,*

*o lavarlo, si no ha de ser ahogado.
Pero ha de ser quemado; antes un fuego
de lujuria y envidia lo ha abrasado
y hecho más sucio; apáguense sus llamas,*

*y quémame, Señor, con celo ardiente
de ti y tu casa, que comiendo cura¹⁷.*

¹⁶ Ibidem

¹⁷ Ibidem

El hablante invoca a Dios: *“vierte en mis ojos mares nuevos que hagan /que pueda ahogar mi mundo con mi llanto,”*¹⁸ suplicando el efecto bautismal y regenerador del agua, metaforizada primeramente en lágrimas de dolor y arrepentimiento, que eventualmente se transformarán en mares que lo limpiarán de su enfermedad y pecado, devolviéndole la libertad y renacimiento en Dios. Los mares nuevos que ahogan el mundo de pecado, evocan también a Noe y el episodio del diluvio universal que limpia también la creación de Dios del vicio en el que ha caído el hombre. Después de la limpieza por medio del agua, el pecador invoca la purificación a través del fuego: *“y quemame, Señor, con celo ardiente / de ti y tu casa, que comiendo cura.”*¹⁹ El fuego adquiere en estas líneas el significado de amor sagrado de Dios que rehabilita el alma del pecador a través del ardor de su celo. Este fuego purificador lo restituye y restaura en su condición de hijo de Dios, perdida por el descenso a los infiernos, en los pecados de lujuria y envidia que lo mantenían prisionero: *“Pero ha de ser quemado; / antes un fuego de lujuria y envidia lo ha abrasado / y hecho más sucio; apáguense sus llamas,”*²⁰

En este último poema así como en los anteriores la imagen de la muerte anticipa terroríficamente el descenso físico a los infiernos. Sin embargo, el pecador se encuentra ya en un estado infernal, con el alma enferma, su libertad perdida y vencido en la consumación del pecado. A pesar de la oscuridad y la desorientación, el pecador alza sus ojos y distingue la mirada de Dios, el alma pasa por un proceso de regeneración, donde es necesario el lavado y muerte al propio pecado y entonces alcanza la gracia nuevamente en Dios. No obstante, el tono serio, solemne y angustioso de los poemas anteriores, la resolución final es esperanzadora porque mueve a la fe. Dios siempre ilumina el descenso a los infiernos que debe realizar el pecador, está ahí para concederle la salvación y lo guía en el proceso de su propia muerte espiritual y en su despertar y renacimiento en la gracia. En este sentido, surge en los sonetos de Donne otro elemento ignaciano en la similitud con la meditación del infierno de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola. En efecto, en los números 65 al 71 de este libro, se puede ver esta meditación que lleva a entrar en los infiernos, de tal suerte que si *“del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude a no venir en pecado”* como reza la petición de la misma meditación nº 65, segundo preámbulo. Cabe destacar con respecto a esto último que la influencia ignaciana sobre John Donne perdura en sus obras líricas de adultez, especialmente en los *Holy Sonnets* lo que refuerza la idea señalada con anterioridad, sobre la utilización del soneto como herramienta devocional.

¹⁸ Ibidem

¹⁹ Ibidem

²⁰ Ibidem

II. La muerte como encuentro final con el rostro de Dios

Además de la imagen de la muerte como resurgimiento espiritual y rehabilitación en Dios, Donne explora el tema de la muerte física y a través de ella el encuentro final con el rostro de Dios. A diferencia de los poemas anteriores donde la muerte atemoriza al hablante, la extinción física se siente como la certeza del despertar en Dios. El hablante ha dejado de ser aquí un pecador y concibe la muerte como una prolongación del sueño. Donne derriba a la muerte de su pedestal sagrado y la humaniza a través de adjetivos que la unen a pecados como la gula y soberbia. La muerte aparece debilitada y es invocada por el hablante, sin miedo, porque su presencia es cercanía de Dios. Desde esta perspectiva más alentadora los hablantes reconocen la proximidad de la muerte, pero la ven como una pausa en sus vidas terrenales, las cuales deben continuar necesariamente en Dios.

El Soneto VI se abre con un hablante que reconoce el término de su vida terrenal a través de varias metáforas que muestran el fin de un ciclo:

VI

*Esta es la última escena de mi obra;
aquí es la última milla de mi viaje,
y mi carrera da su último paso,
mi pulgada final y el postrer punto;*

*separará la muerte glotona en un instante
mi cuerpo y mi alma, y dormiré algún tiempo;
mas mi parte despierta verá el rostro
cuyo temor sacude ya mis huesos.*

*Entonces, cuando mi alma vuela al cielo,
y el cuerpo terrenal vuelva a la tierra,
mis pecados, que tienen su derecho,
al infierno caerán que los criara.*

*Declárame así justo, de mal limpio,
pues dejo así demonio, mundo y carne.²¹*

²¹Ibidem

En la primera de ellas dice el hablante *“Esta es la última escena de mi obra”*²² una metáfora común utilizada en la poesía de la época, donde la vida aparece reflejada como obra teatral y la escena final es la muerte, el término de esta parte de la vida. También la expiración es vista a través de la metáfora del peregrinaje: *“aquí es la última milla de mi peregrinaje”*²³ señalando que la búsqueda de los lugares sagrados como se hacía especialmente en la Edad Media ha concluido. También aparece la muerte como la última parte de una carrera. La vida ha sido corrida con ocio y rapidez y entonces aparece la muerte.

La presencia de la muerte viene a poner fin a todos los proyectos y realizaciones humanas, las obras que le ha tocado representar; los peregrinajes en donde ha debido estar; las carreras que ha debido correr y sin embargo, no causa temor en el hablante quién la describe como intemperante y en este sentido peca de voracidad, de carencia de moderación, de insaciabilidad. El hablante deja entrever sutilmente un cierto desprecio por la muerte y pasa rápidamente por sobre su condición de pecado en la insaciabilidad para dar cuenta de su verdadero rol, que es separar el alma del cuerpo y posterior a eso, dormir el corto sueño que llevará su alma a Dios: *“separará la muerte glotona en un instante / mi cuerpo y mi alma, y dormiré algún tiempo; /mas mi parte despierta verá el rostro”*²⁴ El hablante se refiere al rostro de Dios que el alma verá cuando suba hasta Él: *“Entonces, cuando mi alma vuele al cielo.”*²⁵ La muerte es comparada a un corto sueño y es a través de ella que se conoce el verdadero rostro de Dios. El tono de este soneto es muy diferente del tono de los poemas anteriores. Hay ausencia de angustia existencial y temor frente a la muerte, más bien se trata de la confianza de encontrar a Dios tras el velo de la muerte, tras esa breve etapa de sueño.

La muerte vista como una breve pausa entre la vida terrenal y la vida eterna aparece claramente también en el más famoso de los sonetos sagrados, el número X.

X

*Muerte, no te envanezcas, aunque algunos
te llamen poderosa, pues no lo eres;
los que creíste derribar no mueren,
pobre muerte, ni tú puedes matarme.*

*El reposo y el sueño, tus imágenes,
dan placer, luego más debes tú darlo;
y los mejores pronto van contigo,
descanso de sus huesos, dación de alma.*

²² Ibidem

²³ Ibidem

²⁴ Ibidem

²⁵ Ibidem

*Sierva de reyes y desesperados,
vives de guerras, males y venenos;
hechizo y droga pueden bien dormirnos,
y mejor que tu golpe, ¿por qué te inflas?*

*Pasado un corto sueño, despertamos,
y no habrá muerte ya. Te mueres, muerte.*²⁶

Dice el hablante: *“Muerte, no te envanezcas, aunque algunos / te llamen poderosa, pues no lo eres;*²⁷ otro de los pecados con los que aparece asociada la muerte es la soberbia. En el poema anterior el hablante la desprecia por su inmoderación, por su gula por devorarlo todo y en el soneto X, la muerte es también despreciada por el hablante por ser orgullosa y vana.

Se la compara al sueño nuevamente y se señala que si del sueño se puede obtener tanta felicidad y gozo aun más de la muerte que es superior al sueño. Se la metaforiza como esclava del destino, de los reyes, de los desesperados. En la muerte se duerme y pasado el corto sueño viene el despertar eterno en Dios: *“Pasado un corto sueño, despertamos”*²⁸, entonces la interpela para que deje de envanecerse porque su existencia no es nada más que una pausa entre este mundo y el otro. Incluso llega a decirle que ella misma morirá: *“y no habrá muerte ya. Te mueres, muerte.”*²⁹

La visión de la muerte física como encuentro final con Dios, le quita al acontecimiento de dejar de existir todo su dramatismo. La muerte deja de ser anticipación angustiada y se transforma en una puerta que lleva a la vida eterna en Dios. Es interesante como hace Donne para privar a la muerte de la ansiedad existencial que generalmente provoca. En primer lugar la acerca a la condición de pecado derribándola de su situación sagrada, seria y misteriosa y acercándola a una condición más humana. La muerte se humaniza al ser vulnerable y caer en el pecado y lo que es más interesante en la visión de Donne; puede también morir que es la condición humana sine qua non.

En ambas concepciones de la muerte, ya sea como resurgimiento espiritual o como expiración física esta se transforma en un puente hacia Dios. En el primero de los enfoques que es el que genera más angustia, el pecador se hunde en los infiernos donde ha perdido toda libertad y está extraviado de su centro y sin embargo en este doloroso proceso de muerte espiritual es Dios quien le guía y quien finalmente lo lleva a la gracia. El descenso a los infiernos aterrera al pecador porque deberá enfrentarse con su

²⁶ Ibidem

²⁷ Ibidem

²⁸ Ibidem

²⁹ Ibidem

pasado, sus sospechas y todo aquello que lo ha desunido de su Creador y no obstante el pecador se encuentra con Dios después de su muerte espiritual, renace en su condición de hijo de Dios y encuentra su centro. En el caso de la expiración física ocurre algo similar, el hablante reconoce la caducidad de la vida, pero este conocimiento no le provoca ansiedad, contempla las diferentes etapas de su vida terrenal y se prepara para hacer esa breve pausa que es la muerte y pasar a residir por completo en Dios. Desde ambas perspectivas la muerte tiene una connotación positiva de encuentro con Dios y paradójicamente es la entrada a la vida que es la vida en libertad y en la gracia de Dios.

Como corolario.

Para alguien que ha experimentado un proceso de muerte espiritual y que ha caminado por zonas infernales o de desierto y ha encontrado a Dios en esa experiencia, la poesía de John Donne inspira fe y esperanza, porque a pesar del dolor y del sufrimiento extremo que conlleva la muerte, la luz de Dios y su amor todo lo inunda y mueve a la conversión profunda del alma. El sentir de Donne, es que Dios no nos abandona nunca y que siempre guía nuestros pasos, con su amor infinito, hacia un encuentro más profundo con El. Por tanto se realiza el que: **¡Muerte, tú también morirás!**

Bibliografía

DONNE, JOHN. "Holy Sonnets". *Luminarium*. <http://luminarium.org/sevenlit/donne/> Ed. Anniina Jokinen. 1996-2007. 15 de enero, 2012.

Donne, J., "Holy Sonnets". Tr. Antonio Abellán. *Poesía y Traducción*. <http://poesiaytraducción.com>. 25 de enero, 2012.

ETTARY, GARY. "Renewal and Rebirth in John Donne's The Holy Sonnets", *The University of North Carolina, Bloom's Literary Themes: Rebirth and Renewal*, New York: Chelsea House Publications, 2009.

FLYNN, DENNIS. *John Donne - The Ancient Catholic Nobility*, Indiana: Indiana University Press, 1996.

MARTZ, LOUIS. *The Poetry of Meditation. A Study in English Religious Literature of the seventeenth Century*, Yale: Yale University Press, 1976.

TARGOFF, RAMIE. *John Donne. Body and Soul*, Chicago: Chicago University Press, 2008.